

Cultura e Higiene

REVISTA SEMANAL DE DIVULGACIÓN POPULAR

AÑO VI

GIJÓN 31 DE MARZO DE 1917

NÚM. 257

Por la salud del cuerpo social

En los pueblos pequeños, donde aún no se ha extinguido el espíritu tradicional y en donde no se han alterado sensiblemente las viejas costumbres, la Cuaresma pone en ellos un paréntesis saludable de recogimiento y morigeración, refrigerante del ardoroso e inquieto vivir ordinario.

La necesidad de rendir culto a los placeres y a las alegrías de la vida es de todos los tiempos y de todos los pueblos. Pero desde los más remotos tiempos y desde los pueblos primitivos, salvajes inclusive, el instinto de conservación, la idea religiosa y la moral han sugerido principios preceptivos por los cuales se ponía coto al desbordamiento de los goces sexuales, a las exageraciones del vicio y al desenfreno de las torpes pasiones y destructores placeres. Y cuando los pueblos han perdido esta noción del «peso y medida» que la higiene moderna establece en todas sus formas preceptivas reguladoras de la vida funcional del hombre, y cuando han roto el dique moderado dentro del cual habían de vivir, desenvolviendo natural y normalmente sus actividades, así físicas como morales, se ha visto que ellos mismos labraban su decadencia y su ruina.

Así pensando, fuerza es reconocer que esos pueblos pequeños que durante el período cuaresmal modifican con prudentes abstenciones el ordinario, ardoroso e inquieto vivir, responden al cumplimiento de las leyes tradicionales de conservación que instintiva o reflexivamente han observado en todos los tiempos las sociedades humanas duraderas, vigorosas y dueñas de sí mismas por mucho tiempo, y mientras no han caído víctimas de aberrantes extravíos.

De esos pueblos pequeños y morigerados que metódicamente regulan sus costumbres, con «peso y medida», sabiendo hacer cada «cosa en su tiempo» tienen mucho que aprender esos otros que, porque son un tanto más grandes, materialmente, presumen ya de «poblaciones».

Esos pueblos hinchados de presunción son una verdadera desdicha. De la noche a la mañana se ha visto aumentar la población hasta 40.000 habitantes, se han visto sorprendidos con las instalaciones de luz eléctrica, con el establecimiento de unas cuantas fábricas, dos o tres líneas de ferro-carriles y tranvías, unos

cuantos cafés y cervecerías, un par de teatros y cuatro cosas más que vinieron hechas de afuera, y se han dicho «no hay pueblo como este» Tal frase la pronuncian con idéntica e ingenua satisfacción desde el más rústico municipal a las órdenes de un Zarracina, hasta el más encopetado «señorin» de esos que con pretendidas trazas de «snobs» lucen y sobresalen en el ambiente provinciano de las calles y los casinos de la población.

Ello revela la psicología y el estado de conciencia de todos esos pueblos microscópicos, a pesar de sus 40.000 almas, ofuscados por la más triste vanidad y el erróneo concepto de lo que son las grandes poblaciones, con millones de habitantes y con acumulación de enormes elementos de progreso, cuya organización interna está científica y moralmente disciplinada, respondiendo su vida de relación y sus normas de conducta colectiva a principios, leyes y reglas de profunda austeridad.

Dígalo si no la misma Inglaterra opulenta, guardando las fiestas y el descanso en los domingos con rígida observancia religiosa y social...

Sí; vengamos, después de esas digresiones, a ordenar el pensamiento inicial de este artículo, reflexionando sobre lo que en esta villa ocurre en punto a vanidad pueblerina que engendra el desconocimiento o el olvido de los tremendos deberes que el progreso impone para la buena organización y conservación de las estirpes en las grandes aglomeraciones humanas.

Esos deberes imponen una prudente limitación al desenfreno con que aquí se prodigan sin criterio racional alguno en todo tiempo, sin solución de continuidad, todo género de diversiones dañosas, cual el baile agarrado y sus funestas derivaciones.

Ni autoridades ni prensa han querido poner coto por los medios a su alcance a los sórdidos explotadores de esa fácil diversión ni aun durante este corto período cuaresmal consagrado por la tradición a un saludable recogimiento, sancionado por la higiene y la moral más elementales y hasta por la conveniencia social y las buenas costumbres.

En vano hemos levantado nuestra protesta, primero, acogiendo después en estas páginas las razonadas censuras y las quejas que a nosotros llegaron contra esas anomalías.

En vano en esos clamores se ha invocado la salud y la moralidad de un pueblo y la defensa de una juventud, una adolescencia y hasta una niñez que prematuramente se expone a fatales contingencias al acudir casi a diario a esos bailes que se celebran en lugares inadecuados, en extramuros, sin vigilancia y sin las más elementales reglas de higiene y decencia.

En este respecto de abandono y de ignorancia bien se puede decir que «no hay país como este» y que la ofuscación que un rapidísimo progreso material ha causado en los elementos directores, les priva del conocimiento de las medidas defensivas contra los peligros que ese mismo adelanto en desequilibrio con el grado de perfectibilidad moral, amenazan a las poblaciones en estado de formación.

Los higienistas persiguen el ideal de salubridad social y preconizan un cambio de costumbres y leyes en virtud de las cuales disminuya, hasta desaparecer, el número incontable de imperfectos, víctimas de la infección, del vicio, quienes desparramándose como virus corrosivo en las entrañas sociales, esparcen en ellas la degeneración y la infecundidad.

La ciencia médica ha demostrado que en nuestro país aumenta el número de seres nacidos inaptos para la vida sana y útil; y asimismo proclama que disminuye la talla, el perímetro torácico, el peso, las energías musculares, y que la aptitud mental decrece a la par que *germina y se desarrolla, en seres y colectividades, una ambición impotente, engendradora del falso placer, producido por los estimulantes de todo género hacia cuya conquista fácil se lanzan las muchedumbres, creyendo posible un bienestar sin esfuerzo y sin energías orgánicas; y bien puede afirmarse que estas morbosas sugerencias, son las que determinan las decadencias y los crímenes en todos los órdenes de la vida social.*

Ahora fíjense en esos párrafos, de tremenda afirmación, que repercutimos y que parten de toda una Academia de Medicina, nada menos, esos señores periodistas que, sin miramiento alguno, alientan todo lo que en el orden de las diversiones públicas supone peligrosa exageración de los fáciles placeres y el fomento de las más insanas pasiones. Y luego reflexionen sobre las responsabilidades morales de tal conducta que a la postre vendrá a poner en evidencia una lamentable ignorancia o una perversidad oprobiosa.

Y lo dicho; de esos pueblos pequeños que morigeran sus costumbres en el período cuaresmal, lo cual implica que se rigen por un orden moral preceptivo que arregla y normaliza su vida, equilibrándola, tienen mucho que aprender las poblaciones improvisadas, con cuarenta mil almas. Porque tales poblaciones, creyén-

dose unas Londres, sólo copian lo que las grandes ciudades tienen de malo en su exterior; sus vicios y su bohemia y su migaja de relajo; y no viendo en estas la enorme trabazón de energías latentes que son el secreto virtual su potencialidad, no pueden imitarlas en tantísimas cosas buenas que se ocultan a la pretenciosa ignorancia pueblerina.



La Semana Santa

.....
«Desde el principio del mundo no hay religión enteramente nueva»

(MAX MULLER).

Tal dijo el sabio orientalista alemán en el prólogo de su obra «Ensayo de las religiones», y San Agustín dice (Augt. «Retr.» 1. 13: «Res ipsa, quae nunc religio christiana nuncupatur erat apud antiquos, nec defuit ab initio generis humani, quoque Christus veniret in carnem, unde vera religio, quae jam erat, coepit appellari christiana»; lo cual, traducido al lenguaje de la lengua castellana, significa, ni más ni menos, que «lo que actualmente se llama religión cristiana existía ya entre los antiguos, y no ha faltado jamás al hombre desde su aparición hasta que encarnó Cristo; pero a partir de esta época, la verdadera religión, que existía ya, comenzó a llamarse cristiana». Estas palabras de San Agustín, que tanto han conmovido a sus admiradores, no tienen nada de extrañas, por ser perfectamente verídicas; y al efecto, en estos días de rezos, oraciones, mortificaciones corporales y otros adimentos que la iglesia católica impone a sus fieles, conviene exponer nuestra sincera opinión, respecto a la cruz, al Cristo y a las solemnidades propias de Semana Santa

Antiguamente, según Malvert y otros, el procedimiento para encender fuego era frotar un madero con otro, lo cual produjo el descubrimiento de un aparato parecido a una cruz, que se llamó Swastina para conseguir el fuego con mayor facilidad.

Dicho aparato se encuentra grabado en multitud de objetos antiguos, y últimamente, en los primeros siglos del cristianismo, se ha encontrado dibujado en la túnica de un enterrador en las catacumbas de San Calixto (Roma); pero, dicho sea con permiso de Malvert, ni esto ni otras cosas que menciona en su hermoso libro «Ciencia y Religión» son suficientes para hacer creer al mundo que la cruz trae su origen del culto mandeísta o de los adoradores del fuego.

La cruz tiene origen más antiguo, mucho más antiguo, como lo ha demostrado H. P. Blavatsky

en los tres volúmenes de su monumental obra «La Doctrina Secreta», y si los sacerdotes de la época de los Semures, de los Atlantes y otros más antiguos que éstos no dieron al vulgo la doctrina exotérica u oculta que el significado de la cruz encierra, fué porque el vulgo no la hubiera comprendido; esto no obsta para que unos cuantos iniciados la hayan conocido y otros muchos la hayan venido conservando y conserven hasta tiempos de mayor luz intelectual, los cuales se van acercando cada día más y llegarán cuando se haya cumplido la profecía referente a este final del primer ciclo de Kali-Yuga, en que *muchas testas coronadas desaparecerán y Europa entera será arrasada por las guerras...*

Si según Lecomte, Fuquet, Premare, Buret (citados por Max Muller) los antiguos sacerdotes y sus discípulos «habían tenido siempre las más notables nociones sobre la constitución del Universo», es errónea la especie de Malvert y otros atribuyendo al culto del fuego material el origen de la Cruz; pues ésta, pese al mundo materialista, no significa otra cosa que la caída del espíritu en la materia bruta, o sea una de las diferenciaciones del Logos primitivo; cosa que, aunque no podamos (ni debamos) demostrar en este artículo, no por eso dejará de ser cierta y evidéntísima para muchos, como sería para todos si no viesen en el hombre su cáscara exterior y si un pensamiento cristalizado.

Respecto al Cristo en la cruz, debemos decir que ni en los primeros siglos del cristianismo ni en las catacumbas de Roma (que hemos visitado) se ha encontrado el cuerpo de Jesús clavado en un madero, lo cual, unido al decreto del Concilio de Constantinopla (año 962) ordenando su colocación, nos hace sospechar si se tomaría como base de la reforma el haber sabido que en la India, para ciertos misterios ocultos, se ata a una cruz al candidato, se le tiene así dos días, al tercero resucita a nueva vida espiritual, cosa que desde tiempo inmemorial se viene practicando, y que nada de extraño tendría que el catolicismo hubiera copiado si tenía noticia, como suponemos, de lo que significan los citados misterios y de quién fué Jesús el Cristo.

Tocante a la Semana Santa, no estamos conformes con Malvert, quien afirma que toda ella no significa otra cosa que el culto solaz, íntimamente ligado con el del fuego, siempre, claro está, que por culto del fuego se entienda el fuego material, y por culto al Sol se entienda el sol que vemos de día: pues si es verdad que el vulgo de otros tiempos lo comprendía como Malvert dice, no es menos verdadero que había grandes iniciados y hombres sabios que veían en el fuego la espiga sagrada del espíritu que arde en nuestro interior, y por sol, el Sol central o Espíritu Uno y Unico del cual somos un destello.

Y si Justino, mártir, dijo (Apología 1, 46) que

Cristo significa el Logos, la razón universal de que participa el género humano. Todos podemos llegar a ser Cristos si crucificamos nuestras pasiones animales en la cruz de nuestra materia con la chispa del fuego divino que arde en nuestros corazones.

FR. JUAN DE MIGUEL.



Del eterno espiritualismo...

UN SOLILOQUIO

«Todos dan pan al cuerpo, el alma se levanta y también dice: tengo hambre.

—Y ¿qué le dáis?

—Ir bien vestido, bien comido y alojado, vivir barato, crecer libre y sano, beber bien, comer bien y dormir bien, todo lo cual es mucho.

—Pues, si esto es todo, todo esto es nada. Pasemos adelante.

Yo moriré. El ataúd es una puerta. El cálculo de la eternidad un cero. Y no encontraré a mis hijos, que son parte de mi ser, ni volveré a ver a mi esposa, que es mi luz. Si eso es así, fuera de este mundo, ese paraíso me horroriza y tiemblo...

¡Ah! me ofrecéis carne y la nada. Y ¿nada tenéis dispuesto para esta llama que arde en mí y me sostiene, y me alumbra, y me enciende, y piensa, espera y ama? Pues bien, dejadme en paz. Prefiero antes pan negro y un cielo azul».

VÍCTOR HUGO.

PÁRRAFOS INTERROGANTES

¿Qué ventajas encuentras, ¡oh materialismo! en persuadir a los hombres de que preside sus destinos una fuerza ciega, de que el azar es quien le lleva al crimen o la virtud, y de que su alma no es sino un ligero soplo que se extingue a las puertas de la tumba?..

La idea de que volverá a la nada ¿le inspirará, por ventura, sentimientos más puros y más elevados que la de su inmortalidad?..

ROBESPIERRE.

AFIRMACIONES

—Es más difícil crear una sociedad sin creencias, que edificar una ciudad en el aire.

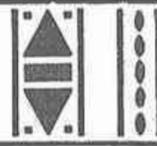
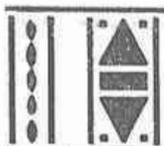
ARÍSTIDES.

—No hay ningún pueblo tan bárbaro que crea poder prescindir de la idea de la divinidad.

CICERÓN.

—Un pueblo ateo, sería una horda de bandidos.

VOLTAIRE.



Escenas del Calvario

Como Cristo, agobiado por la cruz, diera de bruces en las piedras de Jerusalén, los sayones buscaron quien le ayudase a llevar el leño. Las turbas, indignadas y vociferantes, se negaron. Nadie quería o nadie se atrevía.

Al cabo intervinieron los del Sanhedrín, cuchicheando con el centurión Cornelio. Si el reo fenecía con la cruz auestas, la sentencia del procurador imperial quedaba incumplida. El formulismo de la ley tenía bien previsto el caso: cuando el reo no pueda más, búsqese quien le ayude por misericordia...

El centurión dió la orden y el pregonero la cantó en las tres lenguas de la ley: hebrea, griega y latina. Un silencio inhumano fué más feroz que cien mil gritos de odio. Nadie quiso o nadie se atrevió.

Entonces Gamaniel, amigo de Anás, dijo que se pagase la misericordia, y un hombre rústico y atleta avanzó, arrastrando su túnica.

Las turbas se arremolinaron hostilmente; mas él, mostrándoles los puños, se erguía retador y fiero como un león.

—No he comido, ¿lo oís? Voy a ganarme el pan con mi trabajo...

Y escoltado de legionarios avanzó hasta el reo. Jesús, volviendo al Cirineo sus ojos de fatiga y de mansedumbre, sonreía bajo la cruz auestas...

Un sayón vino con un bolso. El Cirineo, tras de contar avaramente las monedas, escondió el bolso entre la túnica y asió con ambas manos el pie del leño. Al sentirse aliviado del peso, Jesús volvió hacia el rústico sus ojos de milagro y de profecía. Y fué entonces cuando el romero se hizo miel y el hombre indiferente hombre de fe y de misericordia. El Cirineo arrojó el bolso a las turbas. Y las turbas, atónitas, enmudecieron...

Un silencio que se adentraba en las conciencias fué más evangelista que diez parábolas. Como por las estalactitas de una roca, por los ojos del Cirineo manaban lágrimas, una a una, Jesús, volviendo a él los suyos, también lloraba...

La comitiva iba engrosando. Al enfrentar la vía de Arón, ya cerca de la torre Antonia, escribas, caduceos y sofoinos agitaban con frenesí ramas de olivo y gritaban burlescamente: «¡Salve, hijo de David!» Un grupo de aguadores vertía el agua de sus cántaros al paso de Jesús, sediento. Un fariseo, con el hijo en brazos, le iba apuntando maldiciones: «Maldite tú y los tuyos hasta la consumación de la tierra...» Sonaban las trompetas legionarias y el alarido de las turbas. Se apretaban, sudando al sol bajo sus albornoces de algodón basto, los siervos del

templo, y en lo alto de las azoteas, entre blancas túnicas, relucían diademas y collares.

Lentamente, los pies descalzos, encorvado bajo la cruz, el Sol y las maldiciones, Jesús de Nazareth caminaba al Gólgota. De repente, junto a la tienda de un lapidario vió a unas mujeres que lloraban.

Y fué como el espíritu de Jehová, surgiendo airado e implacable tras la zarza de Abraham o entre los rayos del Sinaí.

Fué como si el Antiguo Testamento borrarse, decretal y olímpico, la humildad del pesebre y el fulgor de la estrella de los Reyes Magos.

Fué como si el perfil de bondad, de dulzura y de mansedumbre que predicó a los pescadores y besó las llagas de Lázaro se trocara en la talla recia, hosca y barbuda del dios del Sabaoth, de Oseas y de Judiht.

Las mujeres lloraban, cuando debajo de la cruz salió una voz: «Hijas de Jerusalén: no lloréis por mí. Llorad por vosotras y por vuestros hijos.»

¿Qué tenían que ver las que lloraban ni sus hijos en la sentencia de la crucifixión? Gamaniel, amigo de Anás, arengó entonces a las turbas: «¿Lo oís cómo blasfema? Este no es hijo de David sino impostor. Pretende que los hijos paguen las culpas de los padres. ¿Dónde está su misericordia? ¿Dónde siquiera su justicia?»

Y enardecido, como iluminado, iba de grupo en grupo, buscando a las mujeres que tenían hijos en brazos. Y uno a uno los besaba, con llanto en los ojos. «No, no. Tú no pagarás culpas de tu padre. Tú no pagarás culpas de tu padre.»

Las mujeres, sugestionadas, fueron tras de él, apretando a sus hijos como para librarlos de algo siniestro. Y él y ellas perdiéronse entre las turbas, camino del Templo de Sión.

Cuando Jesús volvió su vista a las mujeres ya no estaban. Entonces, sobre su hambre, sed e ignominias, evocó las mañanas evangélicas cuando a la sombra de una higuera y sentado junto al brocal del pozo congregaba a los limpios de corazón, diciendo: «Dejad que los niños se me acerquen.»

Y como los vió lejos, tal congoja le acometió que otra vez, como en Getsemaní, sudó sangre y de nuevo volvió a clamar a su padre, que está en los cielos:

—Padre: si es posible, aparta de mí este cáliz tan amargo...

.....

La sencillez evangelista nos cuenta esos episodios como simples detalles sin transcendencia...

Piensa tú, ¡oh piadosa y reflexiva lectora!, en esas escenas del drama sacro, que transcritas

quedan. Porque ellas simbolizan las amarguras del escarnio y la ingratitud que el mundo ignorante y malvado seguirá vertiendo en el alma de cuantos imitando al Sublime Mártir del Gólgota, se sacrifiquen por el bien de una humanidad que no quiere redimirse... ni librarse de su bárbara y grosera animalidad...

Para guardar las fiestas

Atentos siempre a difundir, sin prejuicios sociales o religiosos y huyendo de todo sectarismo exclusivista, cuantos preceptos e ideas responden a una finalidad higiénica o moralmente útil a nuestros lectores, sean ellos creyentes o profanos, reproducimos hoy aquí algo de lo que piensa acerca del tema del epígrafe la condesa de Zamoyska ilustre escritora pó-laca, cuyas obras sobre educación se ajustan a la más pura ortodoxia.

Y juzgamos oportuno reflejar esas prudentes opiniones de la eximia pensadora sobre religiosidad infantil, ahora que nos hallamos en pleno período cuaresmal. Son las siguientes:

«La santificación del domingo y de las fiestas por los niños no debe ceñirse a las horas reservadas a los oficios divinos. En los domingos y festividades deben tener un carácter particular, sus ocupaciones, sus alegrías».

«Los padres, agotados a menudo por el trabajo de la semana, apenas tienen tiempo para pensar en sus hijos. De igual suerte los niños durante la temporada de estudios, ven muy poco a sus padres y casi nunca conversan con ellos. He aquí un inconveniente a que puede ponerse remedio en los domingos y días festivos. Los padres deberían en lo posible abstenerse en ese día de trabajar en sus asuntos, cuantas visitas que hacer o recibir, evitando enfrascarse en lecturas de que ellos sólo pueden sacar partido. ¡Cuánto más provechoso fuera que dedicasen ese día a sus hijos, sacándolos a paseo, conversando con ellos y leyendo en común algún libro ameno, instructivo y moralizador!»

«Algunas familias acostumbran poner aparte los libros, juguetes o imágenes que pueden servir para las distracciones del domingo. Esta costumbre es laudabilísima, porque tales objetos adquieren por tal circunstancia un encanto y atractivo especiales, aumentando su valor en el concepto de los niños».

«Si se desea inculcar a los niños el respeto debido al tercer mandamiento, es preciso no aburrirles en los domingos y días festivos con la asistencia a funciones religiosas demasiado largas, sobre todo, cuando por razón de su tierna edad todavía no son capaces de atender lo que ven y oyen en el templo».

«El director de una casa de educación mani-

festaba que se veía en la necesidad de llevar dos veces al templo a sus colegiales, porque no sabía qué hacer de ellos durante la interrupción de los estudios acostumbrados».

«Una piedad así es la que produce los enemigos más encarnizados de la Iglesia de la fe».

«Si las funciones religiosas no interesan a los niños, les son insoportables. Para que una permanencia de dos horas en el templo (duración harta frecuente) pasadas en la inmovilidad y el silencio y teniendo que sufrir a veces las molestias del calor o del frío, no se convierta en un suplicio para los niños, conviene proveerse de una buena colección de libros piadosos con numerosas estampas que puedan mirar los niños durante los oficios, aunque no conviene abusar de este expediente; sino emplearlo con prudente parsimonia»...

«El lugar que los niños ocupen en la Iglesia ha de ser tal que desde su sitio puedan ver el altar y las ceremonias, mientras leen en sus devocionarios».

«Es preferible no llevarlos al sermón, mientras no se hallen en estado de comprender la doctrina que oyeren exponer desde el púlpito. Pero no siempre es posible evitarlo, y entonces hay que habituar a los niños a escuchar de modo que puedan repetir algunas palabras de las que hayan oído. Entretenidos en escoger lo que serán capaces de repetir después, soportan sin fatiga largos discursos».

«Se debe enseñar a los niños que los días festivos sirven para el reposo después del trabajo, y ese reposo debe hacerles ver las ventajas morales que no pueden de ordinario disfrutar durante la semana».

«Otro uso de consagrar los domingos y días festivos debe ser la práctica de obras de caridad para la que muchas veces falta tiempo en los demás días; en aquellos pueden visitarse los enfermos, a los pobres, a los afligidos, llevándoles consuelos, distracción, alivio, o reunir niños pobres para instruirles con pláticas y lecturas instructivas o con recreaciones honestas»...

De la credulidad infantil

Los niños, como no comprenden nada de lo que les cuentan sobre Religión, creencias, etcétera, pronuncian en muchas ocasiones frases de una ingenuidad pecaminosa.

He aquí un ejemplo que pone de relieve lo que la imaginación de los niños cree, ante las cosas que les cuentan.

—Oye—dice un pequeñuelo a su hermano mayor—. ¿Por qué a mí me enseñan en el Colegio que todos venimos de Adán, y a tí, en la Universidad, que todos procedemos del mono?

LOS ÍDOLOS

No se ha extinguido aún.

El espíritu cesarista que moldea leyes y troquea conciencias, subordinándolo todo, cosas y personas, al culto supersticioso del «yo» no ha recibido todavía las aguas del bautismo.

No se ha hecho ni se hará jamás cristiano.

Cuando el «yo» se cristianiza, deja de ser opresor, para trocarse en redentor; abre sus brazos como una cruz.

Entonces el «yo» se pluraliza.

Ya no es el «yo» tirano.

Ya no es el ídolo que exige humillaciones, impone dogmas y gusta de la sangre humeante de sus víctimas.

Por eso la obra de Cristo es eminentemente redentora en todos los órdenes. La doctrina ha derrocado los ídolos del paganismo.

Ante figuras grotescas, levantadas sobre altares, ya no se inmolan víctimas humanas, allí donde la verdadera civilización cristiana ha dejado sentir su bienhechor influjo.

¡Pero cuántos ídolos no restan todavía!

¡Y cuántas víctimas humanas caen cada día al pie de sus altares!

Los déspotas son legión.

Sería menester una cruzada, predicada en nombre de la caridad y la justicia, para imponerles el respeto a los débiles.

Erigen un altar en cualquier templo... y allí, en la familia, en el taller, en la oficina, en el despacho, van inmolando víctimas, que mueren aplastadas por la imposición brutal de una obediencia no debida.

De una obediencia que no hay derecho a exigir.

De una obediencia que es preciso trocar en abierta rebeldía.

Los tiranos no admiten jamás que se les discuta jamás su autoridad. Saben que ésta caería por su base, y se declaran indiscutibles. No les pidáis razón de sus obras, porque ellos son su única razón.

Cuando en nombre de la religión, Francisco de Paula reprendió a Luis XI, éste no quiso oírle.

Cuando Tomás Moro, en nombre de la ciencia, contradijo a Enrique VIII, el patíbulo fué encargado de imponer silencio al insigne autor de la Utopía.

Jamás falta a los tiranos un Hobbes que lo adule y les cante al oído que la autoridad goza de facultades tan ilimitadas, que es lícito cuanto ella ordena.

¡No es cierto!

Contra esa adulación anticristiana y antinatural, brotará siempre el grito de las conciencias

honradas, dispuestas a defender no sólo la propia libertad, sino también la de aquellas que parecen haber sido educadas para gemir en las cadenas de la esclavitud.

No se puede ser esclavo.

No se debe ser esclavo.

Seríamos siempre responsables ante Dios y ante los hombres de nuestra falta de energía para romper las cadenas.

Sería un crimen que repercutiría en la sociedad que nos rodea: un ejemplo reprobable.

Vendría a ser una triste prueba de aquellas memorables palabras de la Condesa de San Marcial, la cual, trocada en Hermana de la Caridad, escribía a su madre:

«Todo se ha convertido en una inmensa cacería de placeres y dinero».

Y esto no debe decirse de ciertas personas.

PIN-CHAZOS.

ESCUELA EN PROYECTO

La Junta Directiva de la Sociedad de Cultura e Higiene del Llano ha enviado a sus consocios una circular dándoles cuenta del proyecto de crear una Escuela para sus hijos en este Centro popular.

La Escuela proyectada habrá de reunir las debidas condiciones pedagógicas, y además de la inspección técnica los socios deberán intervenir en todas las cuestiones escolares que ligan a los padres con la educación de sus hijos para que el hogar coopere eficazmente a la obra del maestro.

En dicha circular la Directiva manifiesta que a pesar de las dificultades económicas que se oponen a la realización de esta utilísima idea, se atenderá al proverbio *Querer es poder*, y velando por la instrucción de los asociados y de sus hijos no cejará hasta poner en práctica sus acuerdos con la cooperación de algunos altruistas y de todos los socios.

La Escuela será mixta, provisionalmente, y si el número de alumnos fuera tan grande como es de esperar, se formarían dos grupos de niños y niñas con profesorado masculino y femenino, respectivamente.

Para subvenir al sostenimiento de las clases la Junta fija una peseta mensual por cada alumno, siendo condición que este haya cumplido los ocho años y no pase de los catorce.

En la referida circular se adjunta el correspondiente Boleín de Inscripción que deberá de cubrirse lo antes posible por los altruistas y protectores que deseen contribuir a la dotación y sostenimiento de la Escuela, para que esta sea un hecho lo antes posible. Este trámite es muy importante para los efectos económicos, pues

la Directiva necesita saber cuanto más antes con qué recursos cuenta para este objeto.

La Directiva no duda de la buena acogida que todos dispensarán a tan humanitaria iniciativa, dada la crisis pedagógica actual.

Por nuestra parte estamos dispuestos a contribuir a que ese hermoso proyecto escolar de la Sociedad de Cultura e Higiene del Llano sea pronto una realidad.

CURIOSIDADES

Según el «Ritual» para encender las velas del altar, se enciende la vela o mecha no con fósforo, sino en la lámpara o en otra candela previamente encendida, y se comienza a encender las candelas del altar al lado de la Epístola, principiando por la que está más cerca de la cruz y siguiendo en el mismo orden con las demás. Se pasa después al lado del Evangelio, comenzando igualmente por la más próxima a la cruz y siguiendo en su orden con las otras.

Para apagarlas se procede a la inversa, esto es, comenzando por el lado del Evangelio y terminando por el lado de la Epístola.

* *

En Palestina hay una casa de comercio que hace gran negocio embotellando agua del Jordán, que envía a todas partes del mundo para bautizar a los niños cuyos padres tienen el capricho de que sus hijos sean bautizados con agua del mismo río donde fué bautizado Jesucristo.

* *

Un individuo puede morir por falta de aire en cinco minutos; por falta de sueño en diez días; por falta de agua en una semana; por falta de alimentos en períodos variables, según las circunstancias.

* *

En las calles de Chicago se encuentra a todas horas un quitamanchas ambulante que, por módica suma de diez céntimos, cepilla y limpia a las mil maravillas toda clase de sombreros de caballero. También quita con bencina las manchas de los trajes. Su original trabajo le produce muy buenos duros al mes.

NOTAS SUELTAS

Según nos participa en atenta misiva nuestro queridísimo amigo, el simpático y popular cangués don José Álvarez Menéndez, en Cangas de Tineo se llevan con gran actividad y entusiasmo los trabajos preliminares para constituir en aquella floreciente villa asturiana una Asociación de Cultura e Higiene.

Al acoger con el mayor beneplácito esta grata noticia nos ofrecemos a los organizadores de la

nueva Sociedad para todo cuanto sea contribuir a la realización de tan útil iniciativa cultural.

Y limitándonos hoy a consignar aquí la buena nueva, prometemos ocuparnos oportuna y sucesivamente de este interesante asunto con toda la extensión que merece.

* *

La Junta directiva de la Asociación de Cultura e Higiene de los Barrios Nuevos ha suspendido el acto inaugural de su nueva casa, anunciado para el sábado anterior.

Obedeció esta determinación al mal estado del tiempo que impediría a las Directivas de las Sociedades hermanas, distantes, concurrir a dicho acto oficial, cuya celebración definitiva se comunicará directamente a las mencionadas directivas.

En obsequio de los numerosos socios y familias que por ignorar el aplazamiento de la anunciada fiesta acudieron a presenciarla, se improvisó una agradable sesión musical a cargo de valiosos elementos artísticos.

Y para no perder la noche los entusiastas jóvenes que componen el cuadro escénico de la Asociación hicieron un ensayo general de varias obras que tienen preparadas. Con ello demostraron sus felices disposiciones para el arte teatral y que llegarán muy allá si persisten con fe y entusiasmo en el estudio.

Esperamos a que este cuadro artístico haga su presentación formal para apreciar su labor en las tablas; hasta entonces nos abstenemos de emitir nuestra opinión concluyente, limitándonos a alentar a los incipientes actores para que prosigan por la buena senda emprendida, con muchas probabilidades de triunfar en las lides de la afición escénica, que ennoblece, dignifica, educa e ilustra a sus cultivadores.

* *

Ha fallecido en Cenero el digno y honrado ciudadano don Manuel Díaz Fernández, dejando sumida en la mayor aflicción a su numerosa familia que goza de generales estimaciones, en aquella parroquia y en esta villa.

Enviamos nuestro pésame más sentido a todos los deudos del finado, y especialmente a su hijo don Domingo Díaz, celoso vicepresidente de la Sociedad de Cultura e Higiene del Natahoyo y muy querido amigo nuestro.

* *

En la Asociación central de Cultura e Higiene se está organizando una velada a beneficio de la Banda infantil, para el próximo sábado.

En la Secretaría de este antiguo Centro de Cultura popular se facilitan invitaciones a los señores Socios y cuantas personas deseen contribuir con su óbolo a los mejores resultados pecuniarios de esta velada.



Prosa y verso

Hay un tonto, único en el mundo.

Tonto como las flores, que llenan el aire de perfumes para que otros los respiren. Tonto como la luz, que se derrama por todas partes para que vean hasta los ciegos.

Tonto como la música, que se esparce en el viento para recrear los oídos de la multitud.

Tonto como el cristal, que deja ver todo lo que tiene tras de sí.

Tonto como el agua, que riega los campos para que otros recojan el fruto.

Este tonto es el poeta.

Yo no conozco otro.

Señas.

Todo pasa

El gran tesoro de Cresos,
De Alejandro las victorias,
La gran armada de Jerjes,
Larga en gente, en dicha corta;
Las invenciones de Ulises,
De Nerón las fuerzas locas,
Las liviandades de Numa,
De Julio César la pompa,
Los Tolomeos de Egipto,
Filipo de Macedonia,
Los romanos Escipiones,
Las invictas Amazonas,
El sepulcro de Artemisa,
Los huertos de Babilonia,
Las imágenes de Frigia,
El rico templo de Jonia,
Las pirámides de Egipto,
El gran coloso de Rodas,
El obelisco de Armenia,
El Faro, torre copiosa;
La grandeza de Cartago,
Los alcáceres de Troya,
Las murallas de Sagunto,
El anfiteatro de Roma,
Los triunfos y ovaciones,
Los carros, lauros y honras,
Ya se acabaron; que el Tiempo
Acaba todas las cosas.

Lope de Vega.

Pensamientos

—Mil amigos son pocos y un solo enemigo es demasiado.

—Considera que tu amigo es un elefante, aun cuando no sea mayor que una hormiga.

—Una joven no debe ni aun quitar los platos de la mesa sin que su madre se lo ordene.

—La lengua no tiene huesos, y, sin embargo, los rompe.

—El loco tiene su corazón en la lengua; el cuerdo guarda su lengua en el corazón.

¡Qué inflexible es el alcalde de un pueblo de la Mancha! Le eligieron en vísperas de contraer matrimonio, y después de tomar posesión, marchó a ver a su novia.

—Vengo—la dijo—a dejarte en libertad.

—¡Cómo!—repuso aquélla con sorpresa.—

¿Me dejas, me desairas? Al menos explícame el motivo.

—Soy alcalde.

—¿Y acaso ese cargo impide tener amores?

—Tener amores, no; pero te advierto que voy a ser un alcalde ejemplar, y un buen alcalde no debe *casarse* con nadie.

Cantares

Cuatro son las heridas
que me atormentan:
tu hermosura, tu gracia,
tu amor, tu ausencia;
mira si puedo
vivir con tanta herida
por mucho tiempo.

Tus ojos sin compasión,
que luego mirando prenden,
son dos traidores que venden
el alma y el corazón.

Tienes la cara alegre,
difunta el alma,
porque no te confiesas
como Dios manda.

Lecturas festivas

Un cura explicaba en la iglesia de su pueblo la vida de San Félix, y al llegar al martirio del Santo, dijo:

—Entonces el Santo cogió la cabeza que acababa de cortar el verdugo, la besó y volvió a colocársela sobre los hombros.

—¿Y con qué boca la besó?—preguntó un feligrés.

Acorralado el cura, se vió obligado a contestar:

—Con la boca del... estómago.

* *

—¿Con que estás en relaciones con Amparo?

—Sí, chico; me adora.

—¿No tuvo amores con Juan?

—¡Imposible! Está ciega por mí.

—¿Desde cuándo?

—Ciega de nacimiento.

* *

—¡Tilín! ¡Tilín!

—¿Quién?

—Una limosnita para este pobrecito mudo.